

Discurso Dra. María Eugenia Escobar

Compañeros y colegas
Queridas familias y amigos
Señoras y señores

En primer lugar, quiero agradecer en nombre de todos mis compañeros de esta ilustre promoción de 1968, al grupo organizador de este tradicional homenaje por estas bodas de oro de nuestra profesión médica. 50 años.

Es una enorme satisfacción poder estar hoy aquí frente a ustedes para tratar de expresar lo que imagino que todos estamos más o menos sintiendo.

En primer lugar, el hecho de haber escogido la Medicina como forma de vida profesional ya fue una decisión muy importante que terminó marcando nuestras vidas para siempre. Es una decisión que bien pocos pueden tomar y nosotros lo hicimos, y logramos nuestra meta. No era entonces, como no lo es ahora, un camino fácil de seguir, ya que exige una enorme cuota de sacrificio que no es transitoria, es para toda la vida. Y lo es de verdad. En la etapa universitaria, hay mucho más estudio, más clases y más permanencia en las aulas, que en la gran mayoría de las demás carreras, y en la etapa final de los estudios todavía como alumnos, el internado, lleno de grandes sacrificios, lo mismo que en las posteriores etapas de especialización, ya sea como becados o en otras formas de aprendizaje de aquella parte de la medicina que cada uno escogió para desarrollar. Siempre con horarios impredecibles, con turnos frecuentes; quién no hizo turnos, unos más que otros, pero siempre muchos turnos en las distintas etapas del desarrollo de la vida médica; cuantas navidades y fiestas familiares y de amigos perdidas, con dedicación casi 24/7 a los pacientes, a esos pacientes que son toda nuestra vida, personas generalmente agradecidas de estos esfuerzos y que con la evolución de sus patologías alimentan día a día nuestro quehacer; verlos mejorar nos enriquece y nos permite seguir adelante, seguir estudiando toda la vida para poder mantener siempre los conocimientos en los últimos avances, buscando antes en revistas, ahora en publicaciones por internet y además, asistiendo a todos los cursos, congresos, simposios, diplomados o lo que se pudiera hacer para mantenerse actualizado en los conocimientos y en los vertiginosos avances de las tecnologías. Nos tocó vivir un siglo extraordinariamente dinámico y veloz en los cambios que se iban suscitando, generándose cada vez más diversidad en las especializaciones por la enorme carga de información que se iba produciendo. Y pasamos activos al siglo XXI en que ya hay tantos progresos tecnológicos que poder estar a la altura de ellos se transforma en una tarea por decir lo menos, titánica.

No nos podíamos permitir cometer errores por no saber lo más reciente que se estaba haciendo en lo nuestro, siempre con los últimos avances y queriendo saber siempre más, y eso es muy muy sacrificado. Si no, que lo digan nuestras familias, que muchas veces tenían que apoyarnos; hijos, esposos, y padres que

debían ser comprensivos. Cuántos viajes al extranjero, siempre para aprender algo más, a veces con costos económicos bastante importantes. Porque nosotros somos la máquina de nuestra industria; si no estamos presentes no hay ingresos; el Estado raramente financia cualquiera de estas situaciones.

En segundo lugar, hablemos de la docencia. Quién no hizo docencia. Yo creo que es la única profesión donde TODOS enseñan. Y generalmente *ad honorem*. Porque los sueldos universitarios, salvo dos o tres, son un chiste; sólo nos encarecían los impuestos. Pero nos gustaba hacer docencia. Ese transmitir del conocimiento, que es la esencia de la tradición más antigua de lo que es la Medicina. Enseñar con cada paciente. Aprender con cada paciente.

Enseñamos algo en las aulas; claro, algunas clases a la semana, pero estábamos todo el tiempo enseñando en las salas, en los boxes, pabellones o cualquier dependencia de los hospitales. O clínicas. Porque también se enseña en la medicina privada. Todo el tiempo.

Y no sólo pasamos enseñando a nuestros pares, otros médicos, jóvenes que necesitan aprender. También al personal profesional y no profesional que colabora con nosotros: enfermeras, matronas, tecnólogos, y auxiliares paramédicos. Siempre capacitando a algún grupo, actualizando los protocolos y desde hace un tiempo, las acreditaciones. Toda una tarea.

Pero enseñar lo que uno sabe es parte de la vida, es una manera de trascender. Alguien dirá por ahí, “esto me lo enseñó tal doctor”, “qué bien hacia tal o cual cosa el doctor”, igual como nosotros recordamos a nuestros maestros, tan ilustres algunos y tan recordados. Se sigue presente en los alumnos que uno tuvo, porque no faltará la ocasión en que alguno de ellos llegue a acordarse de algo que les dejamos como enseñanza.

La mayoría de los que estamos aquí para este homenaje por esta trayectoria de 50 años en la medicina, la hemos ejercido siempre en esta quinta región. Algunos incluso partimos estudiando aquí cuando se creó la primera escuela de medicina de la región como filial de la Universidad de Chile, hoy Universidad de Valparaíso. Otros vinieron de Concepción, pero todos nos encontramos en Santiago.

Y nos vinimos a esta zona, de la cual podemos estar tremendamente orgullosos por el nivel que han llegado a tener las acciones médicas acá. Y siempre con muchos menos recursos que en Santiago, pero con mucha tenacidad y empeño. Aquí se hizo el primer transplante de corazón de Chile y la zona es actualmente uno de los principales referentes de Chile y Latinoamérica en el tema; también muchos avances en cirugía bariátrica y laparoscópica; en neurología y traumatología, con implantes de células madres y toda clase de prótesis antes inimaginables; en obstetricia y ginecología con partos más amigables, compartidos en familia y tremendos avances en oncología ginecológica; en urología, con esas cirugías que aunque polémicas marcaron un antes y un después en esa

especialidad; y la anestesia, que conozco bien de cerca, con prácticamente la desaparición del dolor post operatorio y del parto gracias al mejor manejo de técnicas y drogas y la inserción del anesthesiólogo como un actor importante en el desarrollo de las diversas técnicas quirúrgicas. Y también progresos increíbles en todas las especialidades médicas. Tenemos destacados representantes de todas estas especialidades entre los hoy homenajeados.

Y como no mencionarlo, tremendos avances en la docencia. Formamos cátedras y departamentos dentro de la Universidad de Valparaíso y a lo mejor otras de la región como la Andrés Bello, que han permitido formar completamente aquí en la zona a los nuevos especialistas. Obviamente, hay cosas que están mejor en Santiago, todo el tema del gran quemado, trasplantes en niños, pero son las menos.

Así fuimos recorriendo todo este tiempo, y estamos muy orgullosos de ser lo que hemos sido. Por supuesto que hemos cometido errores, quien no, somos seres humanos aunque a veces nos creamos dioses. Y nuestros errores duelen mucho porque afectan la vida de alguna persona y de todo su entorno familiar y laboral y también nos afectan mucho a nosotros, al que comete el error. Se sufre tanto o más que el paciente afectado, el cual suele ser comprensivo y capaz de entender que su médico no siempre es infalible.

Pero por último, en un día tan bonito como éste vamos a hablar, ya para terminar, de cosas buenas y agradables.

Siento que puedo representar el sentir de todos al decir que haber elegido esta profesión fue una de las mejores decisiones que tomamos en la vida y que si tuviéramos que volver a vivir y elegir, haríamos exactamente lo mismo: elegir la medicina y ejercerla 50 años, y ojalá poder seguir entregándole a la comunidad toda la experiencia que hemos aquilatado en estos muchos años.

Queremos que nuestros hijos, nietos, familiares y amigos puedan sentirse orgullosos de nosotros y que nuestros pares nos recuerden como personas que supieron y pudieron ser un aporte para la profesión.

Muchas gracias a todos los presentes por su tiempo y que Dios los bendiga a todos.

Viña del Mar, 29 de noviembre de 2018.